

El Árbol de la Tinta

Inés Anguiano Vara, 4º ESO

Los sabios más longevos cuentan que él se fue cuando ellos todavía eran niños. En ocasiones, cuando los más pequeños del pueblo se lo piden, relatan la historia del intrépido viajero que partió hacia lo desconocido hace ya tantos inviernos, portando como único equipaje ingentes cantidades de tinta negra. No llevaba consigo pluma alguna, ni pergamino sobre el cual escribir. Tan solo descomunales bolsas llenas a rebosar de esta oscura sustancia.

Hay incluso algunos sabios que afirman vehementemente que, a pesar del paso del tiempo, todavía recuerdan la mirada del extraño viajero al partir. Dicen que jamás han vuelto a ver unos ojos como aquellos, de un azul que parecía atesorar en su interior los secretos del profundo e inexpugnable océano, la libertad del infinito cielo abierto y la fuerza y temperamento del más bravo de los ríos, todo ello al mismo tiempo. Opinan que esos ojos le permitían ver más allá, que percibían cosas que los demás ni siquiera somos capaces de imaginar...

Pasaron los años sin que en el pueblo se recibiesen noticias del Viajero de la Tinta. Él se había criado en aquella pequeña población, por lo que todos le conocían. Nunca fue demasiado propenso a interactuar con los demás, pero sus ojos azules destacaban en mitad del anodino y homogéneo conjunto de aldeanos con ojos oscuros. Eso, sumado a la extraña actitud que mostraba en ocasiones, le convirtió en un personaje muy peculiar para sus vecinos.

Un día, tan repentinamente como se había marchado, el Viajero de la Tinta volvió. Había pasado tanto tiempo que aquellos que eran niños cuando él se fue ahora lucían largas barbas blancas y espesas, y profundas arrugas que surcaban sus rostros. No obstante, y contra todo pronóstico, el Viajero parecía tan joven como el día en que marchó del pueblo, como si el infranqueable paso de los años no surtiese efecto sobre él.

A pesar de que no hubiese envejecido, su aspecto había cambiado radicalmente. A su regreso, el Viajero traía todo su cuerpo, cara y pelo pintados de negro en su totalidad. Si no fuese por aquellos deslumbrantes ojos azules, que conservaban el vigor y la intensidad que habían lucido siempre, habría sido imposible encontrarle durante una noche sin luna. Parecía fundirse con la oscuridad como si fuese parte de ella, un verdadero apéndice de la noche profunda.

Cuando llegó al pueblo, no habló con nadie. Se limitó a observar en absoluto silencio las casas, el paisaje circundante y a los curiosos que se habían congregado cerca. Algunos de ellos trataron de acercarse a conversar con el famoso Viajero de la Tinta, del que tanto habían oído hablar en boca de los ancianos. Pero cuando le dirigieron la palabra, el extraño hombre de negro se limitó a escrutarles minuciosamente con esos ojos suyos, y luego apartó la mirada para continuar observando el pueblo. Sus ojos se movían inquietos de un lugar a otro, ávidos de captar todas las imágenes posibles, de toda la información que pudiesen reunir.

Tras horas permaneciendo así, cuando ya la mayoría de los curiosos habían desistido y se habían ido, el Viajero pareció dar por concluida su tarea y se fue. Dirigió sus pasos hacia un bosque situado en la linde del pueblo, y halló un amplio claro en cuyo centro se sentó. Sacó una pequeña bolsa de tinta, del tamaño de una baya silvestre, y un diminuto pincel. Luego procedió a desabrocharse la camisa para dejar al descubierto una zona de su torso que conservaba su color natural, ya que todavía no había sido pintada de negro. Abrió la bolsita y mojó el pincel metódica y meticulosamente, con mimo incluso, y comenzó a trazar líneas primero difusas, y luego más definidas, sobre el área de su pecho que aún no había sido recubierta con tinta.

Así, enfrascado en su tarea, lo halló una pequeña niña, de no más de ocho años, que llegó al claro corriendo, saltando, tropezando y riendo. Cuando se dio cuenta de la presencia del hombre, cesó de correr y se acercó a él, intrigada.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con una sonrisa.

Al igual que había hecho antes con los habitantes del pueblo, el Viajero no respondió, sino que se limitó a levantar la vista de su obra para mirar a la niña. Cualquiera habría dicho que su reacción ante la niña iba a ser la misma que con el resto de habitantes del pueblo, que simplemente iba a quedarse observándola sin pronunciar palabra. Pero cuando sus miradas se cruzaron, el semblante del Viajero se transformó de repente. Pasó de su habitual expresión estoica y serena a un gesto de profunda sorpresa. ¡Aquello era imposible!

Sobre la amplia sonrisa de la niña, un poco por encima de su menuda y graciosa nariz, había dos enormes ojos azules. Azules como el océano, el cielo y los ríos. Azules como los del Viajero.

—¿Ocurre algo? —preguntó la niña, extrañada por la reacción del intrigante hombre de negro.

—No —respondió el Viajero, rompiendo así con su prolongadísimo silencio. Su voz sonaba ronca, puesto que se encontraba en desuso desde hacía ya mucho tiempo. Le

sorprendió el sonido de su propia voz, ya que no la había oído en años. Pero los ojos de aquella niña... El Viajero sentía que ella era como él, que podría comprenderle, aunque tan solo fuese un poco. Y por ello decidió que valía la pena hacer una excepción y conversar con ella.

—Antes te he preguntado que qué hacías —dijo la niña esbozando de nuevo una dulce sonrisa.

—Dibujo.

—¿Qué dibujas?

—Mi hogar.

—¿Y por qué lo dibujas en tu pecho en lugar de sobre un pergamino? — preguntó la pequeña riendo ante el comportamiento del Viajero, que le parecía muy divertido. No tenía sentido dibujar sobre la piel de uno mismo, para eso existían los pergaminos.

—Para que esté cerca del corazón.

La niña no entendió esta respuesta. Miró al viajero desconcertada, frunciendo levemente el ceño mientras que él continuaba dibujando con trazos ligeros pero firmes. El Viajero le dio unos últimos retoques a su obra y dejó el pincel a un lado. La niña aprovechó para observar el dibujo. En efecto, se trataba de una imagen del pueblo y de unos cuantos aldeanos curiosos que se habían agrupado allí cerca. Pero no era tan solo un dibujo. Las figuras de tinta parecían cobrar vida dotando de movimiento a los aldeanos, que se acercaban con curiosidad; a los pájaros, que surcaban el cielo tranquilamente; a las hojas de los árboles, que se mecían suavemente al viento... Y esto otorgaba una sensación de realismo mágico y sobrenatural a los dibujos.

—Dibujas muy bien —dijo la niña, que había quedado perpleja a la vista de la extraordinaria ilustración.— ¿Tienes más dibujos?

—Sí —afirmó el Viajero extendiendo los brazos para mostrárselos a la niña. — Dibujo todo lo que veo sobre mi piel.

—Pero eso no son dibujos. Solo son tus brazos pintados de negro.

—Veo muchas cosas. Se me acabó el espacio y comencé a hacer dibujos encima de otros dibujos.

La niña rió de nuevo. Aquel señor era muy raro. Los dibujos hechos sobre dibujos no se podían ver bien, y entonces, ¿qué sentido tenía crearlos?

—Deberías irte —dijo repentinamente el Viajero de la Tinta. En realidad él no deseaba que la pequeña se fuese, pero entendía que era mejor así. Ella no debía ver lo que iba a suceder allí. —Podrás volver a visitarme cuando quieras. Siempre estaré en este claro.

A la niña le sorprendió que el hombre negro le dijese que se fuese ya. Además, ¿se iba a quedar siempre en ese claro? ¿Nunca se iría de allí?

—Vale —respondió a pesar de ello. Luego sonrió, se dio la vuelta y se marchó trotando.

Cuando la niña hubo desaparecido entre los árboles, el Viajero cogió lo que le quedaba de tinta y dibujó una última imagen en el espacio libre que todavía había en su pecho, al lado de su pueblo y cerca del corazón.

Terminó el dibujo y no quedó nada de tinta. La enorme cantidad que se había llevado al partir había pasado de los sacos a su piel, recubriéndola por completo con imágenes de sus viajes y de los lugares a los que había ido. Tal y como le había contado a la niña, durante sus viajes dibujó todo lo que vio, y por tanto, en un momento dado se le acabó el espacio. Cuando esto sucedió, comenzó a superponer dibujos, y al final su piel quedó completamente negra. Pero él todavía era capaz de distinguir todos y cada uno de los dibujos que había hecho, y de identificar dónde estaba situado cada uno.

El Viajero desechó su último saquito de tinta, ya vacío, y se tumbó sobre la hierba. Al instante, unas enredaderas surgieron del suelo y comenzaron a cubrirle en un abrazo mortal. Le hundieron en el suelo poco a poco, pero el Viajero no se resistió, porque su misión había concluido y, sin que le quedase tinta para dibujar lo que veía, su existencia sobre la tierra carecía de sentido.

Del interior de su cuerpo cubierto por enredaderas comenzó a crecer un robusto árbol que se alzó muy por encima de las copas de los otros árboles del bosque. Y todos los dibujos que antes habían estado en la piel del Viajero se transfirieron a la corteza del árbol, decorándolo con imágenes bien diferenciadas entre ellas, ya que los dibujos que habían estado superpuestos ahora tenían suficiente espacio para distribuirse y separarse entre ellos. Algunos viajaron hasta las ramas más altas del árbol. Estas eran imágenes importantes para el Viajero, escenas felices y tranquilas. Otras se colocaron en el tronco del árbol, los dibujos de bellos paisajes y apoteósicas maravillas. Y a los rincones más oscuros del árbol, aquellos que quedaban parcialmente ocultos, fueron relegadas las imágenes de sufrimiento, guerras y hambrunas que había presenciado el Viajero. El árbol se cubrió de imágenes que parecían cobrar vida, de todo lo que el Viajero había visto durante sus viajes y de todos los conocimientos que había adquirido.

Y así fue como el Árbol de la Tinta se alzó en mitad del claro en que todavía a día de hoy se yergue, ornamentado con dibujos de tinta que muestran las más grandes maravillas y los peores desastres de este mundo. En la base del Árbol, cerca de sus raíces, hay un dibujo del pueblo cercano al bosque. Y a su lado se encuentra el único

dibujo de todo el Árbol que no es de color negro, el último de los dibujos que hizo el Viajero antes de convertirse para siempre en el Árbol: unos ojos azules en la cara de una niña. Azules como el mar, como el cielo y como los ríos. Azules como los del Viajero.